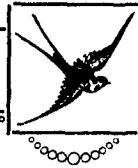




LA CAZA Y LA EDUCACION



La caza como deporte o ejercicio, para cumplir su doble objeto de distraer, prestar solaz al espíritu, y contribuir al desarrollo y vigor del cuerpo, ha de regularizarse, ha de someterse a reglas que enseñen al cazador, no tan solo a cazar muchas piezas, sino a conseguir su fin sin esfuerzos ni sensaciones violentas que pueden originar desarreglos orgánicos y alteraciones anímicas.

En la actualidad todos los deportes se practican con ENTRENADORES, maestros instructores que avezados en el ejercicio que enseñan, dirigen a los noveles y les instruyen para mejor aprovechar sus facultades, a la vez que favorecer su desarrollo.

Para cazar bien y mucho, para no perder el tiempo y los esfuerzos en buscar conejos en los rasos o parajes donde no suele haberlos, para que un cazador de perdices sepa perseguir a estas aves sin subir inutilmente repechos y llegar luego a ellas con la respiración y el sistema nervioso alterados, como para practicar todos los ejercicios con acierto, puede aplicarse la máxima de que «vále más saliva de veterano que betún de quinto».

El hombre, para cumplir sus fines de vivir como ser y además como racional, debe por todos los medios, dotar de robustez y fortaleza a su cuerpo; pero siempre considerándolo como instrumento que ha de servir al alma en el cumplimiento de sus funciones.

Parece ser condición de todo cazador el ser rudo y huraño, y nada tan desfavorable para cazar como estas cualidades y la muy común en los cazadores por lucro, de ser malos compañeros de caza.

Hace pocos días leí en la revista de la Asociación de cazadores de Madrid, que lo más importante y difícil de los aficionados a la caza es encontrar buenos compañeros. En la mesa y en el juego se demuestra la buena educación, se dice corrientemente; pues cazando, si en los demás actos de la vida es conveniente y se demuestra, es indispensable, para no dejar de conducirse como un ser racional en vez de comportarse como un salvaje.

En la profesión del cazador, hay algo infame que no castiga el Código, dice Pérez Escrich: «el matar y regocijarse matando, la mayoría de las veces inofensivos e indefensos animalitos».

Matar y matar mucho es el fin del cazador y en las matanzas y derramamientos de sangre que con su afición produce las pasiones y malos instintos se exacerban y si una refinada educación no les contiene, el hombre se hace egoísta, y zahere la que por ofuscación juzga culpable de algún yerro

cometido, y así ocurre que no es raro encontrar a quien al cazar con nosotros, nos mira con fiereza, desprecio y odio mal contenido si al toser involuntariamente hicimos que el perro *rompiera la muestra* inoportunamente y se fuera sin tirar o herir la pieza mostrada.

El cazador ha de luchar con los elementos y practicar su afición en el campo, los montes y bosques, sin mas ayuda, muchas veces ni mas compañero que su fiel perro, necesita con frecuencia que le auxilien otros cazadores, y rara es la cacería que no le presten auxilio y dan cobijo los guardas, pastores y aldeanos; y de su afable trato, leal y correcto comportamiento, depende la cuantía de la protección que casi siempre le es necesaria.

Al verdadero aficionado, —hago caso omiso de los profesionales de la caza— le place más un ¡olé!, ¡bien muerta!, u otra exclamación de alabanza aplauso o beneplácito del compañero al matar una pieza que el placer de haberla matado; y la *salsa*, lo sabroso de la caza, son sus comentarios; el si me *quedé* con la liebre al tratar de *cubrirse* en un salto con la maraña; el si el perro *cobró* tal o cual perdiz que cayó de ala; y para recibir tales homenajes que requetatantisimo halagan y satisfacen y poder refocilarse comentandolos, no basta ser un excelente cazador, hay que ser un buen compañero un fiel y cariñoso auxiliar de los que comparten con nosotros las alegrías de una cacería.

De aquí que juzgue necesario que todo cazador novato busque un entrenador y que éste sea educadísimo; pues así le adiestrará, no solo en los pormenores de donde y cómo se busca la caza, sino que le irá indicando lo más conveniente para desarrollar y aprovechar sus facultades físicas e intelectuales, con el objeto de que llegue a ser una *escopeta negra* y un *solicitado compañero de caza*. Un cuerpo robusto y un alma buena son condiciones indispensables para llegar a ser un admirable cazador.

Federico G. Sandoval

Rogamos a nuestros lectores perdonen las deficiencias que observen en este número, motivadas por la premura de tiempo.